



EL Librotante



wemaths
SOMOS MATEMÁTICAS







Prólogo

De todos los libros brota algo. Pensándolo bien, la verdad es que todas las cosas brotan de tu imaginación. Esta historia que estás a punto de leer le ocurrió a un par de niños a quienes, al igual que a ti, les gustan los libros: cuadrados, flacos, viejos, rectangulares, gordos, nuevos...

En fin, un buen libro siempre hará que brote algo de sus páginas; no importa que sea monstruoso o alegre, que inspire temor o que sea mágico. Para que suceda, debes ejercitar bien la imaginación y dejarte llevar por los vientos que soplan desde las letras; pues, buena parte del éxito de un libro depende de ti.

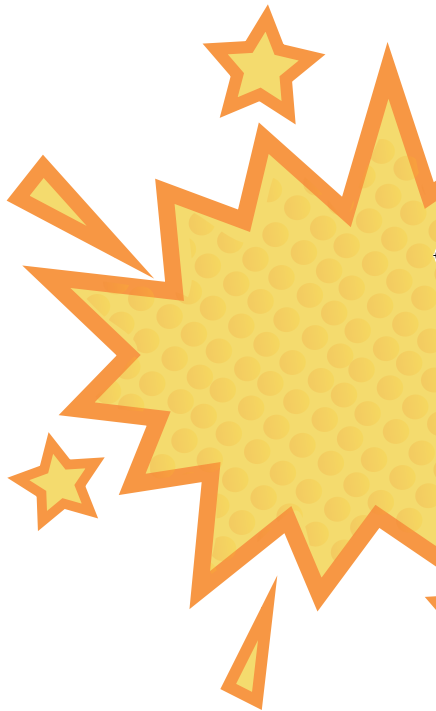
Zoe y Fito son hermanos. Están a punto de adentrarse en las páginas de un libro, debido a un evento fortuito. Ten cuidado; esto eventualmente podría llegar a ocurrirte, en cuyo caso, sabrás qué hacer y hacia dónde dirigirte.

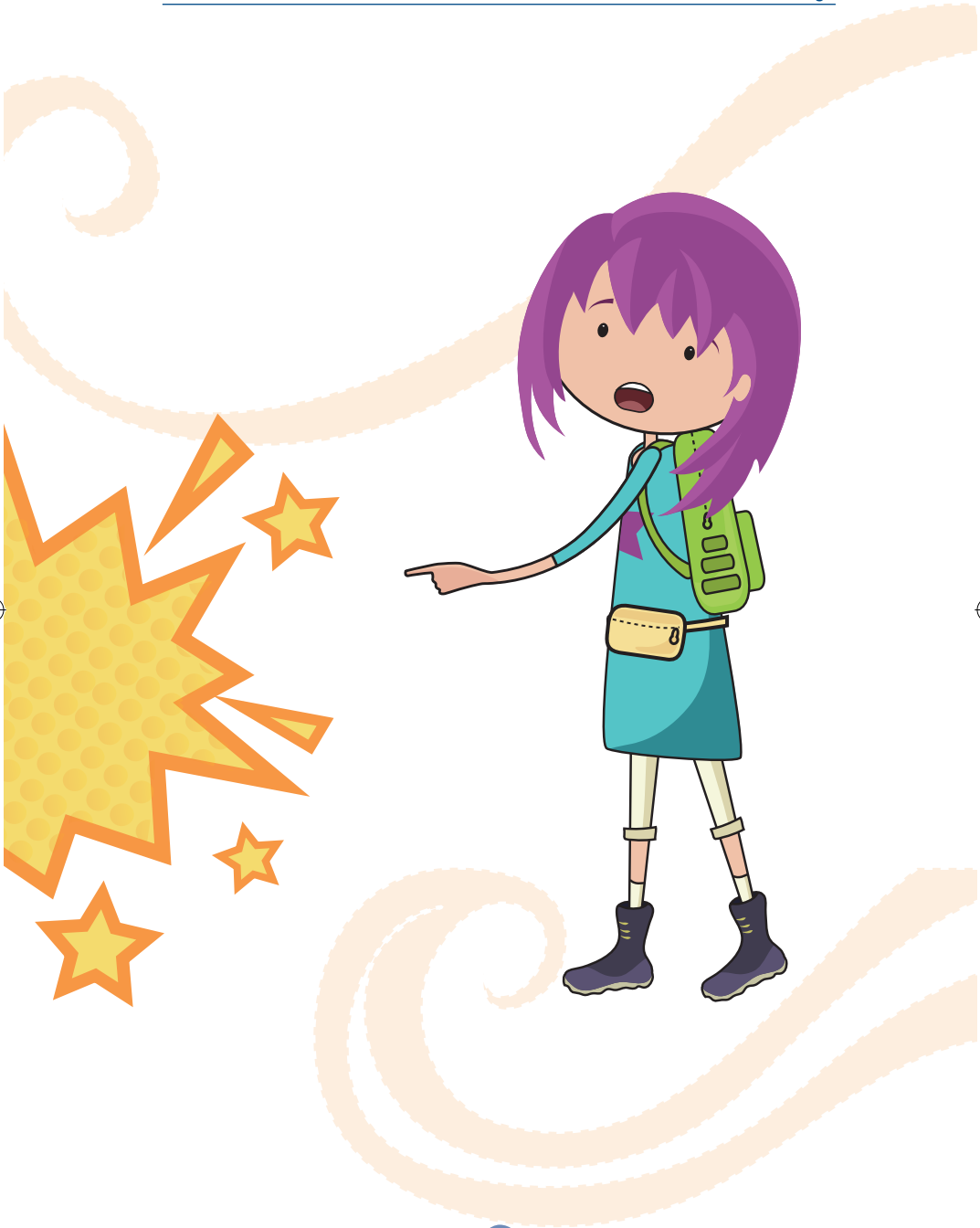
Por mi parte, a veces, cuando escucho un motor, elevo la mirada al cielo e imagino que se trata de la Capitana Ohhh a bordo de Dientes Verdes haciendo la temible Cobra de Pugachev. No te preocupes si no la conoces, estoy seguro de que cuando la veas la reconocerás y te sujetarás con fuerza a tu asiento.



EL Librotante

Si llegase a ocurrirte que te encuentres realmente con la Capitana Ohhh y Dientes Verdes, entonces posiblemente ya estés dentro del Librotante. Pero no te preocupes, siempre sabrás salir de él si te diriges a la última página sin detenerte. Eso sí, recuerda: ¡podría aplastarte! Aunque eso no le ha ocurrido a nadie todavía... Creo.









Aventura 1
El Reino de
los Grandes
Números





Episodio 1

Un camino de grandes números

Cuando la tierra se movió, también se sacudieron las ciudades submarinas, las naves espaciales, castillos y dragones, sapos y princesas. Sí, cuando la tierra tiembla, también lo hacen los libros con todas sus historias. De no haber sido por el grueso tomo de *La ciencia para niños que lo tocan todo*, una vieja enciclopedia que solía leernos la abuela Fifi... Solo tuve tiempo de tomar ese libro para protegerme la cabeza, cerrar los ojos, escuchar el grito de Fito y luego sentir el ¿brillo?

—Un momento, ¿dónde estamos? —dije y entreabrí los ojos por efecto del inesperado resplandor.

Fito estaba de pie y me ofrecía su mano. En cuanto me levanté, se extendió ante nuestros ojos un horizonte blanco, interminable y silencioso. Sin embargo, la quietud se vio opacada por un ruido similar al que debe hacer una montaña que se parte en dos.

—¡Corre, Zoe! —gritó Fito, mientras sujetaba mi mano con la firmeza que da el miedo.

Y eso hicimos: correr como locos por aquel mar blanco del cual comenzaron a brotar, como si de flores



Aventura 1. El Reino de los Grandes Números





EL Librotante





se tratara, letras, números, símbolos... Volvimos la vista esperando que una grieta de espanto nos tragase. Sin embargo, aquel era más bien un ruido seco; como si algo muy grande brotase de las entrañas de aquel extraño suelo que, curiosamente, tenía la textura del papel. Era como si, de pronto, estuviésemos entre un libro sin fronteras.

Caímos al suelo cuando una enorme pared rectangular de blancos ladrillos brotó de la superficie empapelada, justo frente a nuestros ojos. ¿Dónde estábamos? ¿Qué estaba ocurriendo?

En respuesta, como tallada por una enorme mano invisible, en la pared aparecieron letras. No en el orden habitual, sino como en breves destellos. Finalmente, fuimos capaces de leer: «Bienvenidos al Reino de los GRANDES Números.

Días desde su fundación: 456 250».

Cruzamos miradas sin atrevernos a mover los labios. Pronto, un nuevo número surgió del muro: «Habitantes en la ciudad Armonía, del Reino de los GRANDES Números: 124 985».

¿Era eso mucho o poco? Pude reconocer los números 124 y 985; pero... ¿124 958? me resultaba imposible.

—¿Existe un número tan grande? —murmuró Fito, como quien secretea para no ser descubierto. No pude





discernir qué me sorprendía más, ese número innombrable o la situación extraña que estábamos enfrentando.

—¿De qué se trata todo esto?

—No lo sé, hermano —mascullé sin parpadear.

En medio de pensamientos enredados, nos atrapó nueva información que surgía del muro: «Días sin accidentes: 101».

—¿Qué ocurre? —exclamó Fito.

—No lo sé —dije, sin poder controlar el temblor de las rodillas, cuyo tac-tac reemplazó el silencio que sobrevino.

En respuesta, el ruido de una piedra que se labra con un cincel nos mostró un nuevo número: «101 101».

—Un momento. ¿Por qué repite 101? —preguntó Fito rascándose su dura cabeza.

Comencé a comprender: no repetía el número; más bien, lo completaba y, para ello, lo hacía más grande. ¿Comprenden? ¡Quizá la cantidad estaba expresada en miles! De pronto, como si de alguna parte de mi cerebro surgiera la respuesta, dije, sin dudar —Ciento un mil ciento uno.

—Es como un trabalenguas —dijo Fito alzando una ceja. Y, de inmediato, porque él suele sorprenderme, recitó: —Si el caracol tuviera cara, como tiene el caracol, fuera cara, fuera col, fuera caracol con cara.



Aventura 1. El Reino de los Grandes Números

Y justo al completar su trabalenguas, una explosión acompañada de nuevo por un brillo cegador nos lanzó hacia atrás. Fito se hallaba boca abajo, hablando aún de caracoles y coles, con la boca sembrada en el suelo.

—¡Bienvenidos al Librotante! —rugió una voz que provenía de ninguna parte. Y, luego, hubo un largo silencio.

—¿Quién eres? ¿Qué quieres de nosotros?

—Fuera col, fuera caracol con cara, col de cara, lara, lara, col, caracol —repetía Fito, aún aturdido por la caída.





—¡Soy Mister +! —bramó la voz cavernosa—, y su tarea es encontrarme.

—¿Encontrarte? ¿Por qué? —respondí.

Fito agitó la cabeza y, dándose golpecitos, como quien tiene agua dentro de los oídos, consiguió que salieran de ahí los caracoles y las coles restantes. Sí, ¿por qué? —me secundó finalmente.

—Porque están dentro de *El Librotante* y todo libro tiene un principio y un fin —reveló Mister +—; ustedes están en alguna parte, en este principio. La única manera de abandonarlo es continuar el camino hasta el final; pero, para ello, primero deben cruzar el Muro de los Acertijos Eternos.





Una luz que se colaba a través del muro nos hizo aproximar al lugar donde la explosión había abierto un agujero; aunque, más que producto del estallido, los ladrillos parecían haber sido empujados por una fuerza misteriosa. Sus caras tampoco eran rectangulares del todo, pues, las había también cuadradas e, incluso, triangulares. Más sorprendente aún: a medida que continuaban cayendo, observábamos que las había de las formas más variadas, desde pentagonales y hexagonales hasta circulares.

—Es una pared muy rara —dijo Fito, mientras alzaba un ladrillo pesado y de forma extraña que, encima, tenía escrita claramente la palabra *trapecio*.

—¿No es eso lo que se usa en los circos? —pregunté y estoy segura de que ambos imaginamos lo mismo: a un trapequista colgando de una barra con la forma de aquel ladrillo.

—¿Qué hacemos, Zoe? —inquirió Fito a la vez que dejaba caer el ladrillo, que se hizo añicos cuando dio contra el suelo.

—No tenemos otra opción; debemos seguir ese camino —respondí con toda la seguridad que pude reunir.



Episodio 2

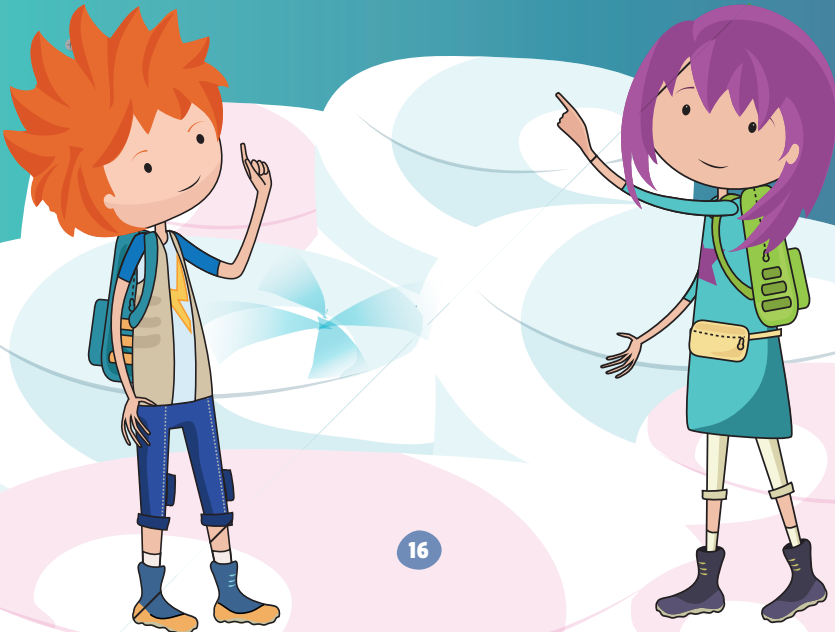
¡Grandes saltos!

Cruzamos a través de la abertura en la pared que realmente era un acertijo, como había dicho Mister +. Un nuevo y deslumbrante panorama se abrió ante nosotros. Arriba, un cielo de vivos colores acaramelados; y, debajo de nuestros pies, una blanda superficie en la cual ya no quedaba rastro de dibujos, símbolos o letras.

—Se siente como esponjoso, Zoe.

—¡Es como estar de pie sobre un malvavisco gigante!

—No debemos entretenernos demasiado, Fito. Hay que continuar.





—Sí, pero ¿hacia dónde? ¿Por cuánto tiempo? Míster + no dio pista alguna.

—¡Claro que sí! La pista es buscar el final del Libro-tante y, para buscar el final de un libro, casi siempre hay que ir hacia adelante.

—¿Estás loca? No podríamos permanecer de pie ni un segundo. ¡Mira!

En este punto, Fito intentó ponerse en pie, pero, solamente conseguía perder el equilibrio y caer para al instante rebotar. ¡Era como estar saltando sobre una enorme cama elástica! Dando saltos y tomados de la mano, fuimos avanzando hasta que perdimos el equilibrio y quedamos tumbados viendo hacia el cielo. Cuando, por fin, conseguimos controlar la risa, una pregunta vino a mi mente:

—¿Por qué dijo Míster + que esto era el Librotante?

—No lo sé, pero estoy seguro de que pronto lo averiguaremos —contestó Fito.

Arriba, las nubes no parecían estar hechas de vapor de agua y, si lo estaban, sus formas no eran como las del mundo real. Como en la pared, las había cuadradas, rectangulares y de muchas otras formas. Pronto fueron girando y lo que al principio creímos que era una nube cuadrada resultó ser más bien un cubo. Las otras, que tenían forma de triángulo, se revelaron más bien como pirámides, y las circulares... estas fueron girando hasta quedarnos claro que se trataba de esferas.

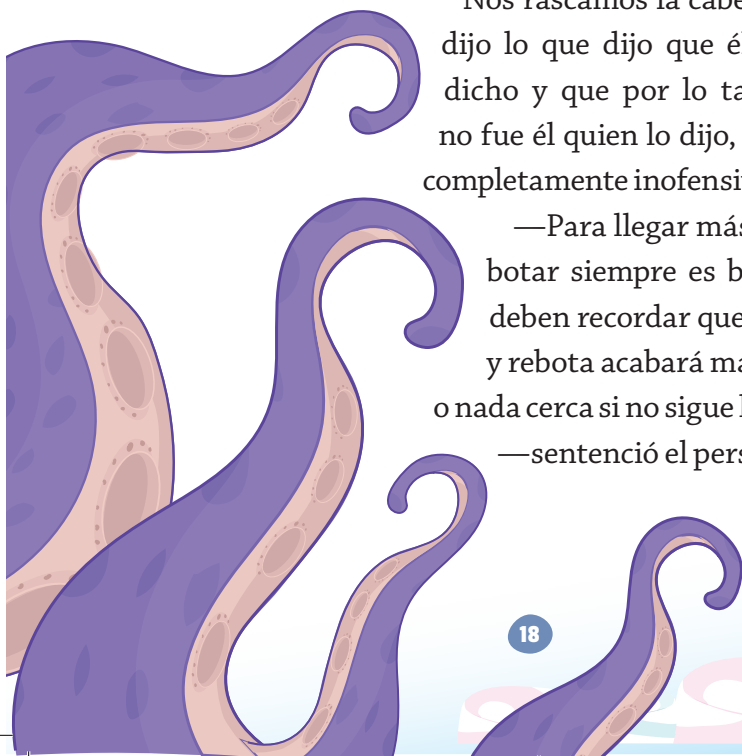


—Esto es muy raro. Las nubes también son extrañas en *El Librotante* —dijo Fito, giró el cuello y volvió la mirada—. ¡Zoe!, ¡Zoe! —gritó apuntando hacia algo que había a mi espalda: varios tentáculos morados que brotaban del suelo y una cabeza que se asomaba a medias, cubierta por una cachucha.

—Por favor, no se alarmen —dijo el ser tentacular agitando su bigotito de un lado para el otro. Antes de que pudiéramos pronunciar palabra, el peculiar personaje continuó—: me han dicho un dicho que dicen que he dicho yo; ese dicho estaría mal dicho, pues, si yo lo hubiera dicho, estaría mejor dicho que ese dicho que dicen que yo he dicho.

Nos rascamos la cabeza. Cuando dijo lo que dijo que él no habría dicho y que por lo tanto quizás no fue él quien lo dijo, nos pareció completamente inofensivo.

—Para llegar más rápido, rebotar siempre es bueno; pero, deben recordar que el que bota y rebota acabará más bien lejos o nada cerca si no sigue la secuencia —sentenció el personaje.





—¿Eres una especie de *trabalengüista*? —Quiso saber Fito.

—¿“Trabalengüista”? ¡Eso ni siquiera existe! —agregué sonriente.

—Seguro que sí, Zoe, ¿no lo escuchas? ¡Solo habla con trabalenguas!

Y, de inmediato, Fito le lanzó uno de los mejores de su repertorio personal.

—Tres tristes trapecistas con tres trapos troceados hacen trampas truculentas porque suben al trapecio por trapos y no por cuerdas.

El monstruo parpadeó con su único ojo e intentó repetir sin conseguirlo. De inmediato, surgió del suelo otro par de tentáculos portando dos pequeñas cestas de pícnic que depositó a nuestros pies.

—¡Mucha suerte! —dijo y, en un abrir y cerrar de ojos, como si se lo hubiese tragado la tierra, el ser tentacular desapareció sin más.





—Rebotar siempre es bueno —dije para mí misma, al recordar las palabras. «Rebotar... ¿en secuencia?», pensé.

—Orden —respondió Fito mientras escupía, a diestra y siniestra, migas del sándwich que tomó de la cesta. En un orden. Pero no sé a qué se refiere.

—Lo mejor es que comencemos a rebotar. Eso ya lo intentamos hace un momento y parece funcionar. Lo hicimos. Pero algo estaba mal, pues rebotábamos sin movernos del mismo punto.

—¡Creo que debemos impulsarnos hacia adelante! —dijo Fito, un tanto descompuesto.

—¿Qué te ocurre?

—Creo que comí demasiado rápido. Esto de saltar no me sienta nada bien —respondió Fito llevándose la mano a la boca con claras señales de que algo terrible ocurriría si continuaba saltando. Pero no había tiempo para esperar.

—¿Puedes hacerlo? —pregunté, lista para observar el desagradable espectáculo.

—Creo que sí —asintió Fito con determinación.

Así lo hicimos y, a medida que dábamos cada salto, comenzamos a notar que la distancia, tanto hacia arriba como hacia adelante, iba aumentando.





—Ahora, ¡la secuencia! —vociferé.

—¿De qué hablas? ¿Cuál secuencia?

Fito cambiaba de tonalidades verdes. No había duda de que aquel sándwich y los saltos no debían haberse mezclado.

—¡El orden! —respondí intentando obligarlo a pensar en otra cosa—. Intenta esto y dilo conmigo: cien.

—¿Cien?

—Solamente dilo, a la cuenta de tres. ¿Estás listo? Uno, dos, tres: ¡cien!

Y como impulsados por una fuerza invisible, avanzamos hacia adelante con un gran salto, como de cien metros realmente. Cuando tocamos de nuevo la superficie elástica, Fito había recobrado su color y parecía estar de buen ánimo. ¿Qué había ocurrido? En realidad no quería saberlo.

—¿Y ahora? —gritó Fito desde punto más bajo del salto.





—¿Ahora...? Pues, debe ser... ¡doscientos! —grité, sin estar segura de que funcionaría.

El salto fue espectacular, como en cámara lenta. Avanzamos lo que me parecieron más de doscientos metros. Entonces, intentamos con trescientos; después, con cuatrocientos. Y, aunque nos parecía que había avance, aún no vislumbrábamos el final del camino.

—Zoe, probemos con algo más alto —sugirió Fito.

—¿Más alto? Pero, si lo que buscamos es ir hacia adelante, no hacia arriba.

—Quiero decir que intentemos con un número mayor.

—¿Mayor? —respondí titubeando.

—Sí, Zoe. Dilo conmigo: ¡mil!

Y cuando dije “mil”, sentí que el corazón me palpitaba a esa velocidad; y cuando dijimos dos mil o tres mil o, luego, diez mil, lo mismo. Recordé los primeros números que reconocimos en *El Librotante*: eran cifras enormes, ¡colosales! Debíamos intentarlo, así que continuamos con veinte mil; luego directamente con treinta mil. Cuando, por fin, llegamos a noventa mil y caímos de nuevo sobre aquella superficie engomada, sin consultarlo siquiera con Fito, grité: ¡cien mill!, y él hizo lo mismo. Nuestro nuevo salto hacia adelante fue casi eterno. Sentí que flotaba o, más bien, que me había transformado en algo parecido a un globo.



Aventura 1. El Reino de los Grandes Números

Tuve la impresión de que el tiempo se detenía con cada salto más largo, que nos llevaba a un punto más distante. Entonces, continuamos con las secuencias de miles y decenas de miles hasta que, por fin, divisamos a lo lejos una luz brillante.





Episodio 3

Efecto dominó

Dando botes, finalmente, llegamos al margen de un río, de donde brotaron piezas gigantes de dominó. Dejamos de rebotar con suavidad hasta detenernos por completo.

—Aquí, todo brota. Aunque es difícil saber en qué momento o por qué motivo —explicó Fito, con tono reflexivo.

—Antes de poder agregar algo, un viejo rótulo de madera surgió de la superficie empapelada. Lo más curioso fue que las letras en el suelo comenzaron a treparse hasta formar palabras y pudimos leer: «Distancia hacia la próxima orilla: 32 metros. Quien va puede volver, quien vuelve puede ir».

Las piezas de dominó comenzaban a revelar pistas, pues formaron una especie de *camino*. Las había negras y blancas, dispuestas en aparente desorden.

—Si estoy en lo correcto —enfaticó Fito—, debemos subir a cada plancha y mantener el equilibrio hasta llegar a la otra orilla.





—Podrías estar equivocado, Fito —sugerí, al tiempo que le daba una palmada en el hombro. Las primeras tres piezas eran así: la primera tenía un punto arriba y uno abajo; la siguiente, tres arriba y dos abajo; y la última, seis arriba y seis abajo. ¿Sobre cuál debía saltar? y, más importante aún, ¿se hundirían? Lo mejor era probarlo de una buena vez, así que salté sobre la última.

—¡Espérame! —gritó Fito. Pero ya era demasiado tarde, porque la plancha flotante se desplazó hacia adelante a una velocidad sorpresiva que casi me hace perder el equilibrio.

Fito se lanzó sobre una de las planchas contiguas y, al igual que mi pieza, esta avanzó; pero, una distancia menor.

—¿Qué se supone que debemos hacer? —inquirió Fito girando sobre sí mismo y sobre la pieza, y, sin esperar mi respuesta, se lanzó sobre una más, de color negro y puntos blancos. Entonces, ocurrió algo extraño: Fito o, mejor dicho, su plancha, retrocedió.

—¡Zoe! —gritó sorprendido y ambos pensamos lo peor: que un monstruo de las profundidades marinas, como el ser tentacular, brotaría de las aguas





EL Librotante

y arrastraría a Fito al fondo, sobre todo al ver cómo de pronto el nivel del agua empezó a subir.

Sin embargo, mantuve la calma y observé. De esa experiencia, aprendí la lógica del desplazamiento de aquellas piezas.

—«El que va puede volver, el que vuelve puede ir». Eso es, Fito. ¡Mira! —Y me lancé sobre la siguiente pieza que tuve al frente, una negra—. ¡Ya entiendo, Fito! Las piezas blancas con puntos negros harán que avances; pero las negras, que retrocedas. ¡Es como sumar y restar!

Estaba completamente en lo cierto. Al principio, avancé 12 metros al elegir la pieza blanca de 6 y 6 puntos, y ahora, al haber saltado sobre una de color negro que

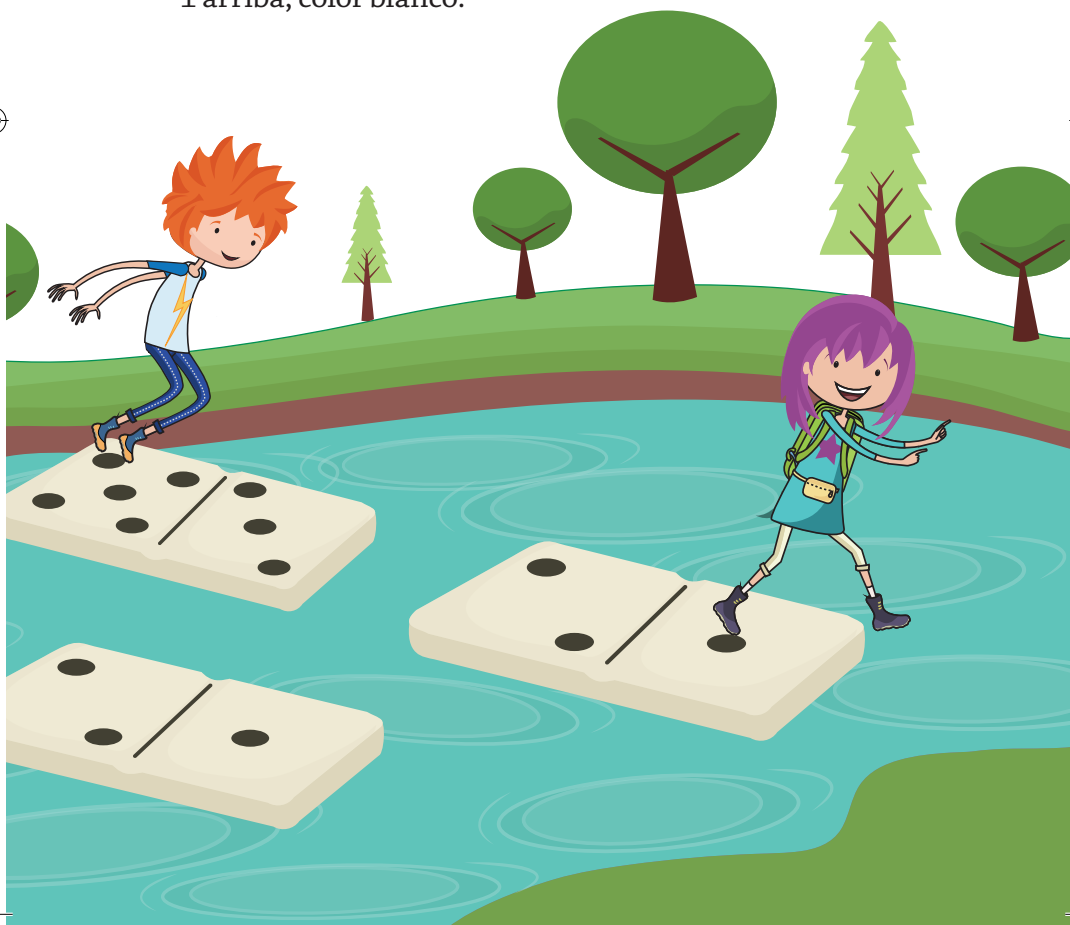




Aventura 1. El Reino de los Grandes Números

tenía el 3 y el 2, había retrocedido 1. Por lo que, en realidad, mi avance fue únicamente de 11 metros.

—¡Entiendo! —dijo Fito. Debía buscar la siguiente pieza que le permitiera avanzar 6 metros más para alcanzarme. Entonces, buscó al rededor. Las planchas que podía alcanzar de un salto tenían 3 puntos arriba y 3 abajo, color blanco. La siguiente tenía 6 puntos abajo y 5 arriba, color negro; y una más, un poco retirada pero que podía alcanzarse de un buen salto, 5 puntos abajo y 1 arriba, color blanco.





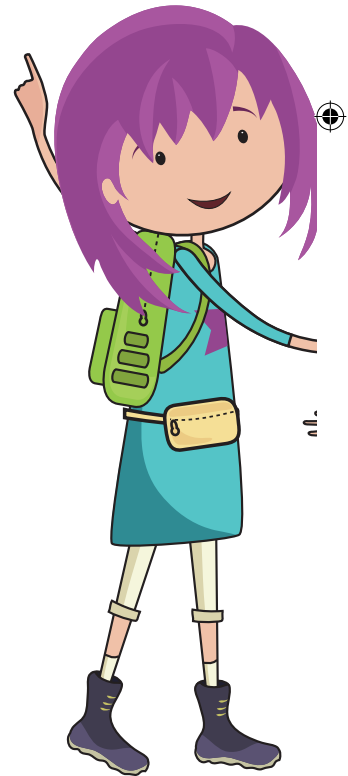
—¡Estoy hecho un lío!, Zoe ¡No sé cuál ficha debo usar!

En este punto, las aguas se agitaron e hicieron que perdiéramos el equilibrio.

—¡Esa! ¡Es esa! La última ficha blanca —alcé la voz. Entonces, ocurrió algo peor que el temible monstruo marino; y era aún más grave, porque no lo estábamos imaginando: las piezas flotantes sobre las que estábamos parados se agitaron con el vaivén del agua.

—Blanco, avanzo; negro, retrocedo —se decía Fito a sí mismo, en medio del alboroto—; abajo 5 puntos y 1 punto arriba; 5 y 1; 5 y 1; 3 abajo y 3 arriba. ¿Cuál? ¿Cuál?

Parecía sentir que la cabeza estaba a punto de estallarle, cuando se percató de que ambas daban el mismo resultado. Entonces,





con total seguridad, se lanzó justo a tiempo para observar cómo la plancha donde había estado se hundía sin remedio.

—¡Fito! —sollocé. Pero mi plancha también se hundía lentamente y, sin entender cómo, sentí su mano que me alzaba y me colocaba sobre la pieza que lo había llevado a mi lado. En ese momento, se estaba formando un remolino; así que, apremiados por el peligro, conti-

nuamos el avance y el retroceso de las piezas, dando brinco de aquí para allá hasta que por fin conseguimos llegar al metro número 32, agitados, despeinados y con la certeza de que nuestra aventura apenas estaba por comenzar. El remolino se había

tragado todas las piezas e incluso el agua, como si fuese un gran drenaje, y del río no quedó rastro alguno. Quizá algunas cosas dentro del Librotante no serían divertidas, aunque eso depende; porque, en realidad, este asunto del remolino me había parecido de lo más emocionante.



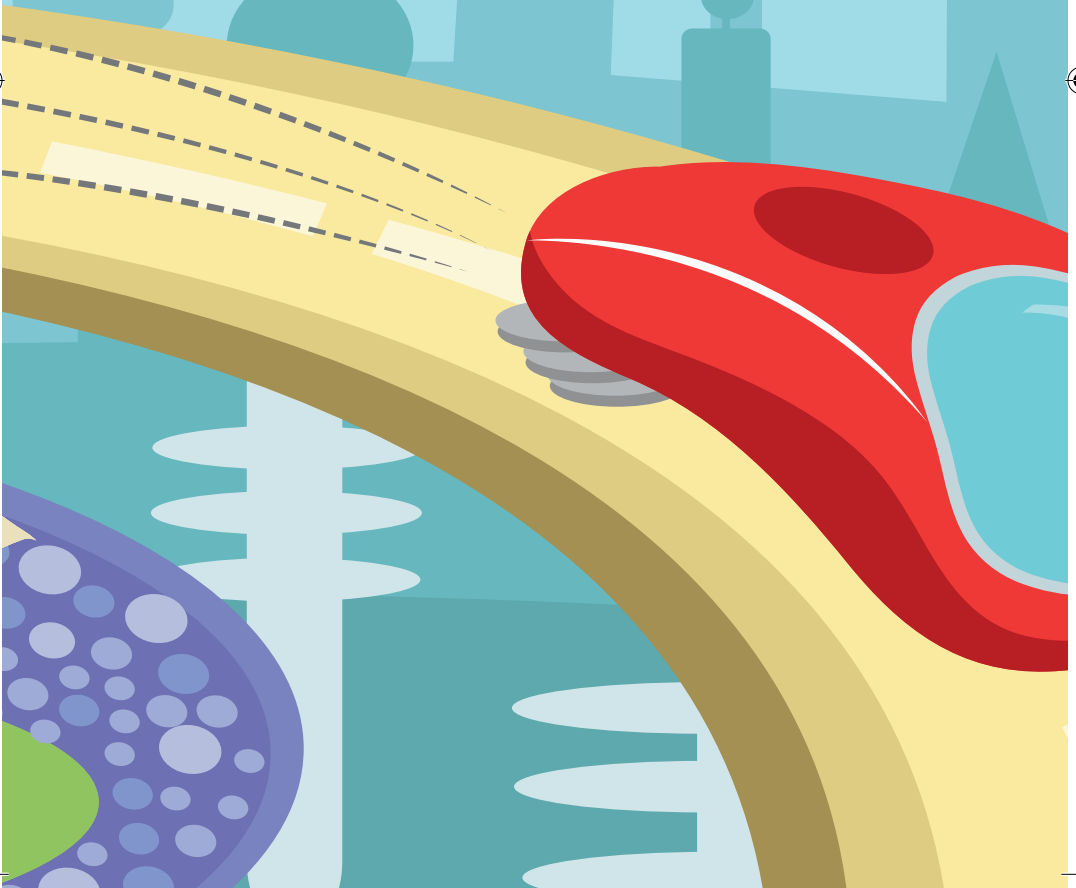


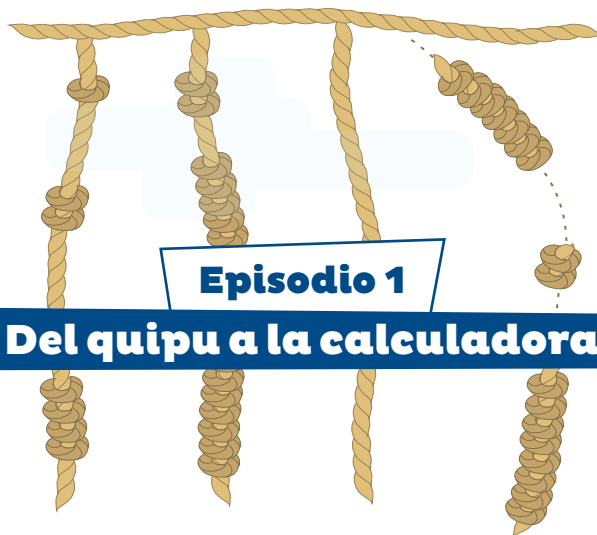


Aventura 2

El poder

de la mente





Episodio 1

Del quipu a la calculadora

—¡Saludos! ¡Lo han hecho realmente bien!
—No es necesario asustarnos así, ¿sabe?
—comentó Fito.

—¡Tienes razón! Tengo un problema con mi amplificador de señal: suele ocurrir que, de pronto, mi voz se vuelve muy aguda o, por el contrario, bastante grave; o que suene muy fuerte... ¡Pero no se alarmen!

—¿Ya estamos cerca del fin de *El Librotante*? —pregunté.

—¡Qué buena estuvo esa! —sonrió Mister +—. Para hacer esto un poco más divertido, he pensado que deberían batirse en un duelo muy interesante.

—¿¡Duelo!? ¿¡Batirnos!? ¿De qué rayos habla?

Y de pronto —sin poder preverlo— de la nada, surgió un monumental estadio, repleto de fanáticos que gritaban en un coro apoteósico:

—¡Fito!, ¡Zoe!, ¡Fito!, ¡Zoe!





Aventura 2. El poder de la mente

—¡Bienvenidos! —retumbó una voz por los parlantes —¡Que comience el juego!

—No importa de qué duelo haya hablado Mister +, jesto me está gustando! —gritó Fito, mientras un equipo de técnicos nos ataviaba de uniformes y cascos, pecheras, botas, guantes, rodilleras y otros objetos que nada tenían que ver con algún deporte conocido. Parecía como si estuvieran más bien probándonos las prendas al azar. De esta cuenta, Fito terminó vestido en una mezcla entre bailarín y buzo; por mi parte, aunque no podía verme en un espejo, me pareció que el resultado sería muy parecido a ver a un mago cruzado con bombero.

Luego, sobre una enorme pantalla que brotó detrás del estadio, se proyectaron dos ábacos, como los marcadores del juego.

—Fito y Zoe, sean bienvenidos a este el Cuadrigen-





tésimo Octogésimo Primer Campeonato Aficionado de Piedra, Papel o Tijera.

Supimos qué hacer de inmediato y yo comencé con buen tino al vencer a Fito en tres series seguidas con papel. Pero, muy pronto se mostró a la altura, venciéndome con dos series de piedra y tijeras. Por la pantalla, comenzaron a sumarse los puntos mediante los ábacos. Luego de jugar durante largo rato, el marcador se presentó apretado: Fito obtenía, según el ábaco, un marcador compuesto por 4 unidades de mil, 2 centenas, 1 decena y 5 unidades, lo que daba un total de 4215; solamente 5 puntos debajo de mi marcador. Enseguida la voz en los parlantes anunció que era el penúltimo movimiento.

Cada piedra ganadora obtenía 5 puntos, el papel merecía 15 y la tijera sumaba 20. Al mismo tiempo, al puntaje de quien perdía con la piedra, el papel o la tijera se restaba 10 unidades. Es decir que, si en este penúltimo movimiento yo sacaba cualquiera de las tres variantes ganadoras, Fito se alejaría tanto de mi puntaje que sería muy probable que no pudiera alcanzarme. ¡Y podría tener el juego en mis manos! Pero si Fito hacía una jugada exitosa, con toda seguridad, me ganaría.

Los ojos de Fito brillaban. ¿Sacaría piedra? ¿Tal vez, papel? Habían sido demasiadas tijeras. No sería tan torpe como para arriesgarse. Pero, quizá, lo haría, para obtener los 20 puntos. ¡¿Qué haría?!

El público guardó silencio. Vi su movimiento osado como en cámara lenta: la mano de Fito se fue extendiendo y de su dedo, ese dedo índice que comenzó a juntar con el dedo medio para formar la tijera había, para mi sorpresa, en el borde mismo y a punto de caer, un brillante y pegajoso moco... Me contuve, no tenía la menor intención de chocar mis dedos contra su moco; por lo cual, perdí de inmediato 10 puntos, al tiempo que él ganó 20.

¡Fito agitó las manos feliz! Ahora las cosas estaban mal; pues, en el ábaco, el nuevo marcador se des-





plegó. Para mí, 4 unidades de mil, 2 centenas, 1 decena y cero unidades; para un total de 4210 puntos. Mientras que, para Fito, marcaba 4 unidades de mil, 2 centenas, 3 decenas y 5 unidades; es decir, un total de 4235 puntos. Comenzó a llover y eso era inesperado. Lo curioso es que las gotas que caían, al chocar contra el suelo, cambiaban de forma, como en cubos o pirámides que pronto se disolvían. ¡Era una lluvia geométrica! Con lluvia o sin ella, el marcador estaba ahora en mi contra. La jugada de Fito fue ingeniosa; y, lo peor, él ni siquiera se dio cuenta. Ahora necesitaba sacar una tijera ganadora y Fito lo sabía. ¡Lo sabía! Todo estaba perdido. ¿O quizá no? Era el último movimiento y debía jugarme el todo por el todo.

No sé cómo, pero cuando Fito agitó sus manos, su moco viajó hacia mi dedo; de inmediato, solo gritamos y, por un impulso instintivo, el cerró el puño de su mano mientras yo, del asco, solo atiné a estirar la mía.

De inmediato, fuimos alzados en hombros, levantamos nuestras medallas y, entre el bullicio y la algarabía, Fito alcanzó a decirme: —sabes, Zoe, en realidad, yo no quería que perdieras. —Y tal vez decía la verdad, porque Fito siempre ha sido un hermano genial.





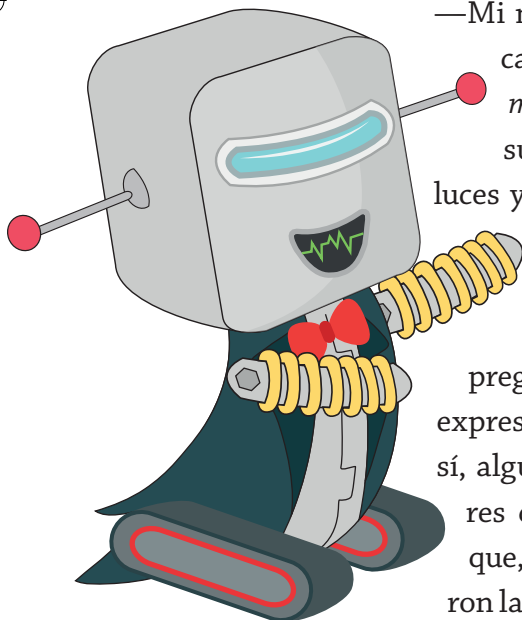
Episodio 2

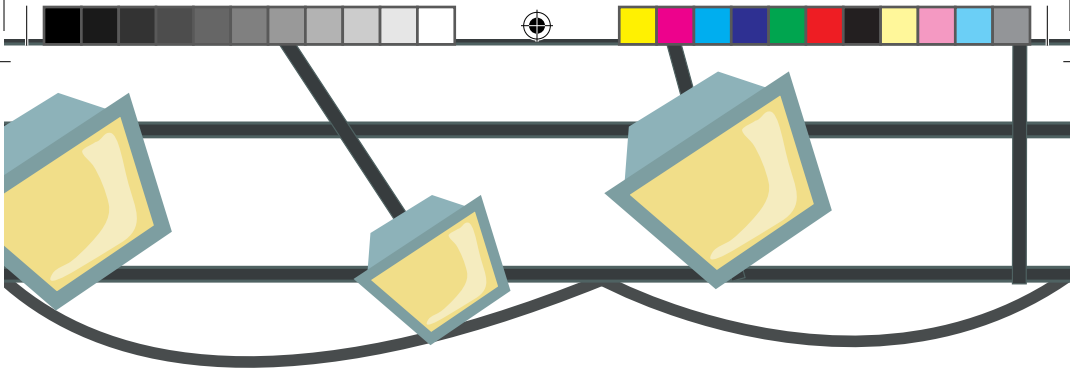
Sagaz, el multiplicador

En medio de la celebración, todo se desvaneció por completo: el estadio, el público, los uniformes: todo. —¡Saludos, dos por uno! —oímos decir a una voz a nuestras espaldas.

¡Era un robot!, pero no cualquiera. Uno muy simpático que rechinaba con cada movimiento y vestía un elegante frac con corbatín.

—Mi nombre es Sagaz, el multiplicador. Bienvenidos a *Quién sabe más × menos*. —De la nada, surgió un set de televisión, con luces y sonidos de un público en el momento en que aplaude. No había absolutamente nadie; se trataba de sonidos pregrabados que incluían algunas expresiones de sorpresa. Había, eso sí, algunos camarógrafos y auxiliares de maquillaje y de vestuario que, de inmediato, nos empolvieron las narices.





—¿Guía? ¿Qué clase de guía? —pregunté.

—Muy sencillo, uno por uno —dijo Sagaz. Puedo enviarlos por el televisor hacia un lugar más adelante dentro de *El Librotante*.

—¿Al final? —inquirí. Pero el robot se limitó a sonreír mecánicamente.

—Podemos intentarlo —dijo Fito. En ese punto, se escucharon aplausos.

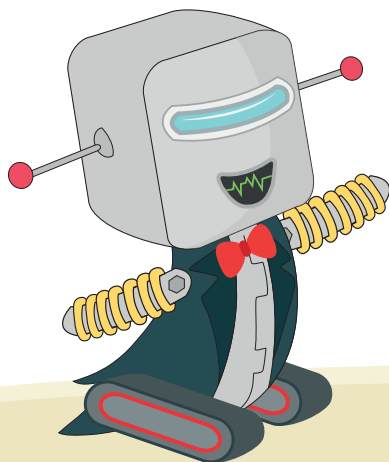
—¡Perfecto!, querida uno por uno —dijo Sagaz. Para comenzar, ¿podrías decirme si $2 + 2 + 2 + 2 + 2$ es igual a 5×2 ?

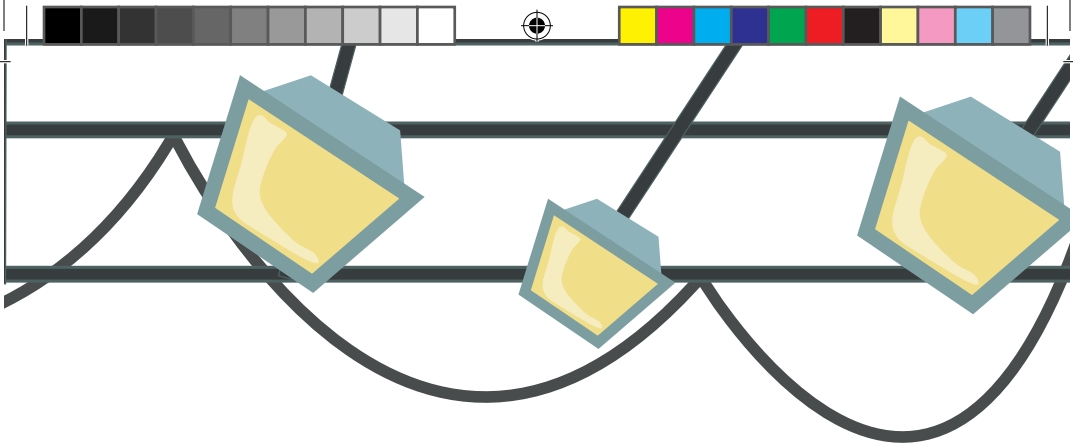
Aquella fue una pregunta sumamente extraña. ¿Cómo podría ser un número dos cosas a la vez?

—Quiero decir, uno por uno, ¿si es $2 + 2 + 2 + 2 + 2$ igual a 2×5 ?

—¡Un momento! ¡Eso no es lo que habías preguntado! —Fito alegó.

—No se preocupen, pueden hacer una pregunta, consultar entre ustedes o tienen la opción de realizar una llamada.





—Fito —dije, dándole un codazo—, a este robot se le zafó un tornillo.

—De ninguna manera, uno por uno —replicó el robot.

—¿Por qué dices “uno por uno” siempre?

—Porque tú eres solamente uno y juntos son dos por uno. ¿No es simple?

—Sí, claro... Muy simple —le respondí, confirmando mi sospecha de que le faltaba un tornillo.

—Bien, creo que todas las respuestas son lo mismo —respondió Fito.

—¿Cómo puedes estar tan seguro, Fito? ¡Son operaciones completamente diferentes! ¿No?

—Claro que son operaciones diferentes, pero llevan al mismo resultado, Zoe.

—¡El resultado es diez! —dije, comprobando que Fito tenía razón.





EL Librotante

—Primero, debes presionar el botón para que tu respuesta sea aceptada.

—¿Botón?, ¿cuál botón?

—Ese botón —explicó Sagaz señalando el que había brotado precisamente frente a nosotros.

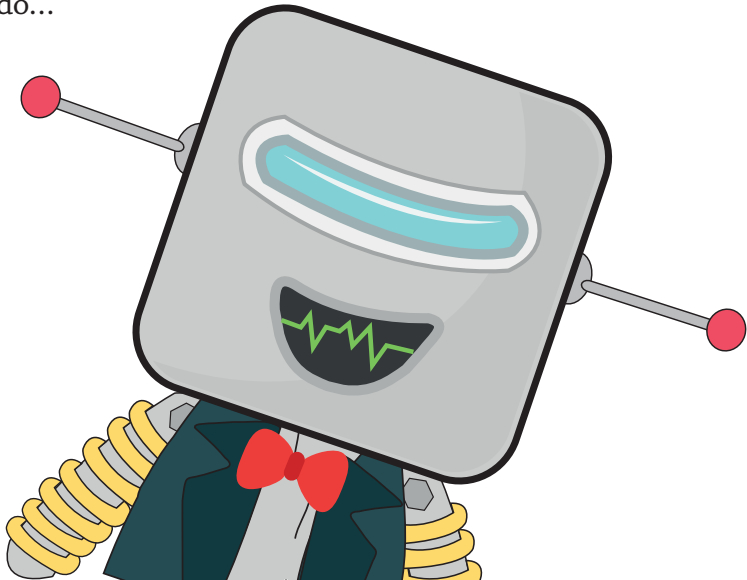
Fito lo presionó y dio la respuesta.

—Esa fue solamente una prueba; pero, lo han hecho muy bien. Ahora, respondan: Si 10×5 es 50, 8×10 es 80 y 25×10 , 250, ¿qué números se pueden utilizar para producir 810?

—Consultamos —dije, confiando en que juntos lograríamos responder. El tic-tac anunció los diez segundos con que contábamos para realizar la consulta. Juntamos cabezas.

—Zoe, no tengo la menor idea, pero debe haber una clave ¿no crees?

—A lo mejor, si multiplicamos los dos números por separado...





Aventura 2. El poder de la mente

—¡Cinco segundos! —anunció el robot.

— 10×8 es 80, ¿cierto?

—¡Sí! Pero, ¿cómo formas 810?

— 9×9 es 81 —dijo Fito.

—¡Tiempo! —anunció Sagaz, el multiplicador.

Presioné el botón y, al dar la respuesta, el multiplicador rebotó y emitió luces rojas.

—Incorrecto. Incorrecto. Incorrecto... —repetía sin descanso, con su voz de metal. La respuesta correcta es 81 y 10; no “81”.

¡Claro!, me dejé llevar por la presión de Sagaz y olvidé pronunciar el otro número de la operación.

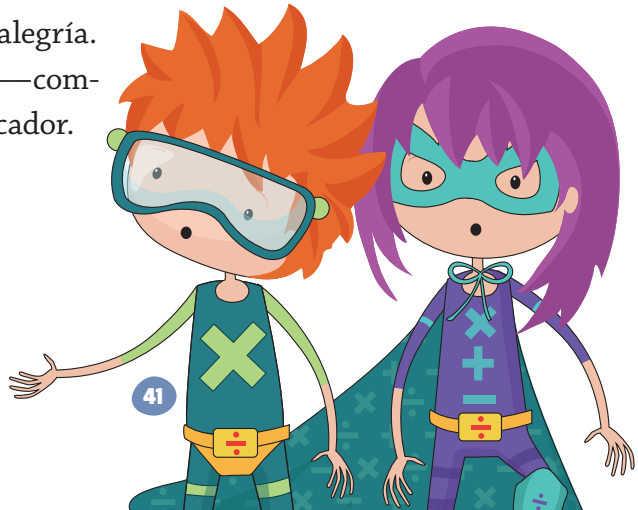
—¡Penitencia!, ¡penitencia! —se dejó escuchar en coro, la voz del público invisible.

—¡Un momento! ¿De qué hablan?

—En efecto, dos por uno. Al fallar en su respuesta, deben cumplir una penitencia. Para este caso, deben decir un trabalenguas.

Fito gritó de alegría.

—En inglés —completó el multiplicador.





Esa condición cambiaba por completo las cosas. Fito nunca había dicho uno así en su vida; pero, algo que para él era desconocido es que yo me sabía uno, y muy difícil, por cierto: —*Three witches watch three swatch watches, which witch watches which swatch watch?*

Sagaz, el multiplicador aflojó algunas tuercas al escuchar el trabalenguas y un hilo de humo surgió por un costado de su engranaje que simulaba ser el oído.

—¡Fantástico! —dijo al fin, respaldado por los aplausos del público. Después de unos segundos, continuó— casi estamos llegando al fin. La siguiente dice así:





sabemos que 11×7 es igual a 77; entonces, ¿cuál es el resultado de $7 \times 10 + 7$?

— 11×7 es 77... —repetí juntando mi cabeza a la de Fito. De pronto recordé que teníamos la opción de hacer una pregunta; y eso fue lo que hice. El tic-tac se detuvo y Sagaz, el multiplicador, abrió sus ojos brillantes.

—¿Pregunta? —dijo entre bips.

—¿Convirtió el 11 en una decena completa más

una unidad?

Sagaz emitió nuevos sonidos y de su boca surgió un papel, el cual arranqué de inmediato. Ahí, leímos: “Se añade un cero al número que está multiplicando y, a continuación, se le suma el mismo número”.

—¡Lo tengo! —dijo Fito presionando el botón: es exactamente el mismo resultado: 77.

—Impresionante, dos por uno. Ahora viene el último reto: multipliquen un número por diez y añádanle su doble para obtener la respuesta.

Era una situación muy extraña. De inmediato





recordamos que teníamos la opción de hacer una llamada. Al expresar nuestra decisión, sonó un timbre de teléfono.

—¿Aló? —dijo una voz, al otro lado, en medio de un largo bostezo.

—Bienvenido a *Más × menos* ¡Está usted al aire, para responder! —informó Sagaz.

La persona al saber que era parte de aquel extraño programa, se emocionó.

—¡Estoy listo!, ¡muy listo! Puedo prestarles cualquier número, ¡la operación que quieran!

El tic-tac llegó para recordarnos el tiempo.

“¿Prestarnos un número?”. De pronto nos pareció una buena idea. Bien, díganos ¿qué nos puede dar?

—¡ 8×2 ! ¡No!; mejor, ¡ 12×5 ! —se escuchaba decir a la voz por el auricular, desbordada de la emoción.

—Con esto podemos trabajar —susurré a Fito.

La voz al otro lado de la línea se despidió sin querer colgar hasta que hubo necesidad de cortar la llamada.

—¿Qué hacer? Multiplicar por 10 y añadirle su doble... —me comentaba Fito, en voz muy baja.

—¡Eso es!, Fito. La respuesta puede resultar de la operación que nos dieron por teléfono: 12×5 . Podemos multiplicar el 5 por 10 o, lo que es lo mismo: 10×5 .



Aventura 2. El poder de la mente

—¡Y agregarle su doble! —completó la idea Fito
— 2×5 . —Entonces, con convicción, elevó la voz
— $10 \times 5 + 2 \times 5$ es igual a ¡ 12×5 !

Del techo del estudio de televisión, cayeron serpentina-
nas, se escucharon trompetas y muchos aplausos. Había
tanta luz que tuvimos que cubrirnos los rostros y sin
percatarnos de nada, pronto nos teletransportaron a un
punto desconocido. De alguna manera, habíamos salido
triunfantes de aquella aventura televisiva.





Episodio 3

La maravillosa Máquina de hacer bizcochos



Cuando pudimos ver con claridad, ya no quedaba rastro alguno del set televisivo. Curiosamente, nada nuevo brotó. Emprendimos la marcha, sin saber hacia dónde dirigir nuestros pasos.

—Es raro, ¿no crees, Fito? Oye, ¿qué es lo que se ve allá?

Algo que destellaba. Corrimos hacia el objeto y, cuando por fin llegamos, lo que descubrimos fue una máquina que anunciaba, a través de un panel luminoso: «Maravillosa Máquina de hacer bizcochos».

¡Vaya si no era una buena noticia! La pregunta era si funcionaba y si sería capaz de darnos algún pastelillo.

—¡Espera!, Fito —grité. Pero, fue demasiado tarde. Porque, en ese momento, él presionaba los botones sobre un panel.

—Estoy probando si sucede algo. —Y algo ocurrió; pero no lo que esperábamos. Del interior de la maravi-





llosa Máquina de hacer bizcochos, alguien abrió una puerta. Se trataba de una mujer menuda; a quien, al parecer, no le hizo mucha gracia que tocaran los botones.

—Pero, ¿qué les pasa? —preguntó haciéndonos retroceder.

—Perdone, no teníamos la menor idea de lo que hacíamos. Solo queríamos un bizcocho.





—¡Pamplinas! —gritó la mujer—. Ustedes, los niños, siempre tienen que tocarlo todo. Será mejor que tengan una buena excusa qué dar. Al jefe no le va a gustar esto; se los puedo asegurar.

—¿Excusa?, ¿al jefe? —preguntamos a coro.

—Sí, al jefe. Por cierto; ahí viene.

Una enorme figura se presentó ante nosotros. Vestía un pesado abrigo, aunque parecía un poco desproporcionado el cuerpo para una cabeza tan pequeña.

—¿Quién ha osado interrumpir la producción? —preguntó, con una voz chillona, como de pato de hule apachurrado.

—No fue nuestra intención; solamente queríamos un bizcocho —respondí intentando no reír.

—¿Bizcochos? Pudieron pedirlos, no era necesario interrumpir la máquina —silbó el jefe, tan agudo que, realmente, parecía desinflarse al final de cada frase.

—¿Pedirlos? —Fito preguntó, mientras hacía un esfuerzo terrible por contener la risa—. ¿Y dónde podíamos hacerlo, si no hay nada?

Entonces el jefe extendió un brazo, in-





Aventura 2. El poder de la mente

dicando una pequeña caseta a pocos pasos, donde se leía con claridad: “Haga acá su pedido de bizcochos”.

—Pero esa caseta no estaba hace un instante —dijo Fito olvidando lo divertida que resultaba la voz del jefe.

—Pues ahora lo está y eso es lo que importa. Trabajé en ella durante 12 por 12 años. ¿Les parece poco?

Fito intentó contar con los dedos; pero, al notar que le tomaría mucho tiempo hallar así el número de años al que se refería su interlocutor, se detuvo y dijo: —Debe ser mucho tiempo; para que se ponga de ese humor.

—Sin embargo, estoy seguro de que podrán corregir el daño en diez minutos.

—¡Diez minutos! Pero, usted dijo que se había tardado ¡años!

—144, para ser exactos —confirmó.

—Sí, eso: 144 años —comprobó Fito y luego abrió la boca, al comprender la magnitud del problema—. ¿Y quiere que lo resolvamos en diez minutos?

—¿Tienen otra opción? —respondió el jefe, en medio de una carcajada que me recordó un globo que se desinfla de golpe.





EL Librotante

—Estoy segura de que podemos hacerlo, Fito —sugerí—. Tú y yo, como equipo; no lo olvides.

—¿Qué debemos hacer? —pregunté de inmediato.

—Deben realizar tres operaciones complicadas. El problema es que, dentro de diez minutos, la máquina debe estar en pleno funcionamiento; porque es la hora de apertura.

Bien, al parecer había una buena razón para estar preocupados. Y no era que el jefe estuviese tan molesto, después de todo.

—En el tablero —informó la menuda mujer—, está la primera operación.

Y así era. Sobre el tablero numérico que Fito había tocado, de manera irresponsable, se extendía una pantalla de luces brillantes y estaba escrita la operación: “ $22 \times 10 + 22 \times 3$ ”.



—¿Qué ocurre si nos equivocamos? —quise saber.

—¡Oh! ¡Excelente pregunta! —dijo la mujer y alzó la vista hacia el jefe.

—¿Han comido bizcochos alguna vez en la vida?

—preguntó él, a su vez.

—¡Claro! ¿Por quién nos toma?

—¿Bizcochos monstruosos? —precisó el hombre. Este dato sí nos hizo tragar saliva. Sería procurar resolver el asunto y no pensar en un posible error.

—¡Concentrémonos!, Fito, esto se parece mucho a lo que vivimos en *Más × menos*, ¿no crees?

—¡Claro! Es similar: «Multipliquen un número por diez y añádanle su doble para obtener una respuesta» —recordó Fito—; pero, acá no hay que añadir el doble, sino el triple.

—Entonces, ¿es lo mismo que decir 22×13 ?

—Eso creo, Zoe; y si 22×10 es 220 y 22×3 es 66, entonces, el resultado de esta operación debe ser $220 + 66$.





Pusimos la mente a trabajar lo más rápido posible, para hallar la respuesta; la cual escribimos sobre el teclado numérico de la maquinaria: 286.

La pantalla parpadeó y, con una especie de emoticón sonriente, nos indicó que nuestra respuesta era correcta. Enseguida, mostró otra operación: “ 111×14 ”.

—Lo han hecho muy bien. Nos queda tiempo de sobra; pero, no olviden que, si se equivocan, resultarán bizcochos monstruosos. ¡No querrían verlos! ¡Tienen ojos; no uno ni dos ni tres! ¡Y muerden! Son terribles. Tuve que batallar con muchos de ellos durante los 144 años de pruebas.

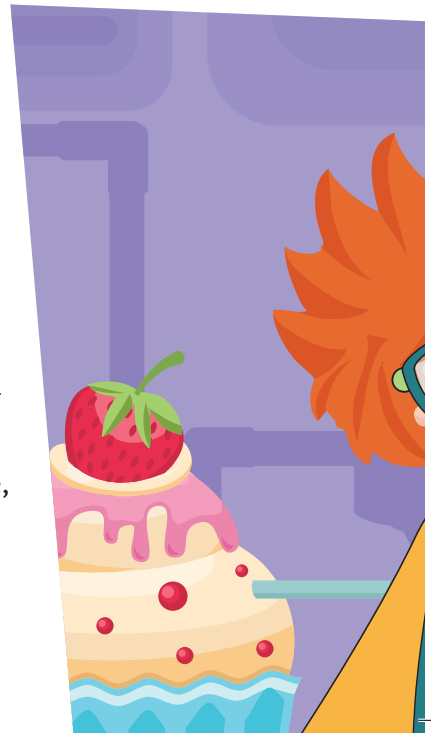
—¡Vamos a hacerlo, Fito! —dije después de que un enorme pastel de fresas, que me guiñaba sus diez ojos, atravesó por mi imaginación.

— 111×14 ; eso no parece tan complicado, Zoe. Podríamos hacer algo parecido a lo anterior.

—Tienes razón; quizá, si multiplicamos 111×10 , como antes.

—Eso tiene sentido. Pero, ¿se añadiría el doble o el triple? —preguntó Fito.

—Debe añadirse el cuádruple, porque es un 14 lo que multiplica.





—¡Es cierto! Entonces, sería $111 \times 10 + 111 \times 4$.
¿Así es tu idea?

—Así es, Fito. ¡Qué horror estos pasteles que no consigo sacar de mi cabeza!

—¡Concéntrate, Zoe!

—¡Eso intento! Veamos. Calma.

Si 111×10 son 1110...

—Y 111×4 es 444 —continuó Fito—, cuando sumamos ambos datos, el resultado es 1554. —Y eso fue lo que tecleamos sobre el tablero. Hubo una pausa dramática, luego de la cual otro emoticón sonriente nos informó que la respuesta era correcta.

—¡Imposible! ¿Cómo lo consiguieron? —gritó el jefe, sorprendido. Pero, antes de poder responder,





de la pantalla brillante, surgió el último de los enigmas a resolver: 815×11 .

—¡El tiempo se acaba! —chilló el jefe, como si fuera asunto de vida o muerte.

—¡Tengo la respuesta! ¡La tengo! —Fito, habló emocionado, al cabo de unos segundos y, sin esperar mi opinión, oprimió los botones marcando el siguiente número: 8965.

La maravillosa Máquina de hacer bizcochos se agitó durante breves segundos y luego, en el extremo opuesto, sobre una banda transportadora, aparecieron los pasteillos. Tenían un olor realmente maravilloso.





—Lo han conseguido y no entiendo cómo. Sin duda, ¡la máquina más poderosa es la mente! —concluyó el jefe y nos ofreció un bizcocho.

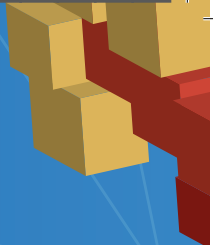
Una multitud de personajes fueron brotando de alguna parte, para hacer fila en la caseta de pedidos. El jefe se excusó, tenía que atender una serpenteante cola de clientes hambrientos. Tomamos unos cuantos pastelillos que la menuda mujer nos ofreció y caminamos, dejando atrás la maravillosa Máquina de hacer bizcochos. En ese momento, moría de las ganas de saber cómo logró Fito dar con esa respuesta.

Y lo que confesó me dejó con la boca abierta:

$$-815 \times 11 = 8(8 + 1)(1 + 5)5 = 8965$$

¿Esta era una regla válida para cualquier producto con 11 o solo fue un golpe de suerte?







Aventura 3
Clics
modernos



Episodio 1

Clic Clac

Inmediatamente comenzamos a escuchar un clic, como la gota de un fregadero averiado. Pero no era de agua, sino más bien como el sonido que produce un ratón de computador.

—¡Excelente! —Era la voz de Míster +.

—¡Debe encontrar una mejor forma de “aparecer” sin asustarnos! —reaccionó Fito.

—Lo lamento, queridos. Ya ven que no he podido solucionar mi problema. Pero, dejémoslo a un lado. ¡Ustedes lo han hecho muy bien! Ahora, reciban, por favor... ¡un obsequio! —Míster + aparentaba estar emocionado.

—¿Y qué tal si nos muestras el final del libro? —le dije. Francamente no creí necesitar nada aparte de eso.





—¡Oh! ¡Eso sería un verdadero desperdicio! Imaginen ustedes lo que falta por conocer... ¡No querrán perderse!

La verdad era que no. Seguramente la búsqueda del gran final traería muchos retos.

—Tiene razón, no es buena idea por ahora —reconoció.

—Entonces, ¡no se diga más!

En ese momento, del suelo brotó una caja que en sus lados tenía escrita, con letras de colores chillones, la frase: “¡Descuento! ¡Oferta! Antes OP 50” (y ponía tachada la cantidad); “después, OP 25” (tachado también); “y, más recientemente, OP 10. ¡Hoy! ¡Únicamente hoy! OP 2” (escrito en letras más grandes).

—¡Zoe! —me llamaba Fito. No cabía de la emoción. Cuando abrió la caja, lo que encontró en ella lo hizo temblar de pies a cabeza—: ¡Una consola de videojuegos!

—¿Qué haces, Fito? —pregunté sorprendida—. No tenemos opets para eso. Al terminar la frase, los números en la caja cambiaron: “Antes OP 2” (y nuevamente tachaba la cantidad). “Ahora, por última oportunidad, oferta exclusiva: 99 centavos de opet”.





El Librotante

—¿No ves?, ha bajado de OP 50 a 99 centavos de opet.

—Pero no tenemos dinero; además, tienes uno de esos en casa, ¿no?

—¡Claro que tenemos dinero! —exclamó Fito sacándose el zapato y luego el calcetín. —¡Mira!, lo llevo guardado acá desde hace una semana. Pensaba comprar un helado para cada uno de nosotros... Pero, por 99 centavos, ¡lo necesito!

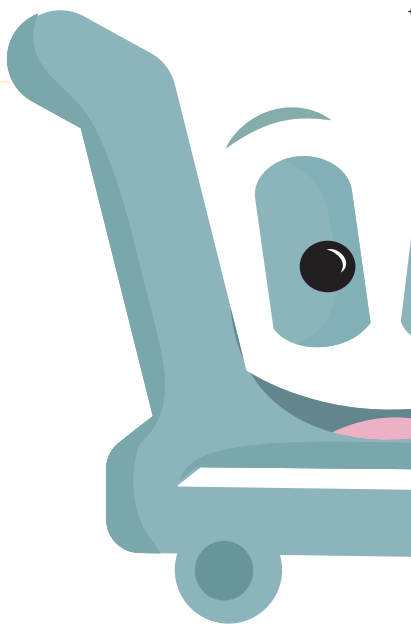
—¡No lo necesitas, Fito!

—¡Claro que sí! Es una oferta, ¿no te das cuenta?

—¡Bien!, ¡Bien! —vociferó Míster +—. Veo que son ustedes muy conscientes de lo que realmente necesitan o no, y eso les ayudará a continuar por esta parte de *El Librotante*, sin duda.

En ese momento, algo que parecía ser un vehículo rugió en la lejanía. Se trataba de un objeto brillante que se aproximaba a toda velocidad hacia nosotros. Cuando estuvo lo suficientemente cerca, descubrimos con sorpresa que se trataba de un carrito de compras que frenó de improvisto.

—Si cambian de opinión —explicó Míster +— en este carrito, pueden llevar lo que quieran.





—No creo que lo necesitemos, pero gracias —dije—. Otra cosa, Mister +, ¿cómo funciona esto?

En respuesta, solamente hubo silencio.

Observamos el carrito: no tenía timón, tampoco motor o palanca de cambios. Era un carrito de compras de supermercado como cualquier otro.

—No entiendo qué debemos hacer, Zoe.

—Podríamos ordenarle algo como... ¡Llantas arriba! —dije—. ¿Y qué creen? ¡Funcionó! El carrito alzó las llantas delanteras.

—¡Sentado! —ordenó Fito.

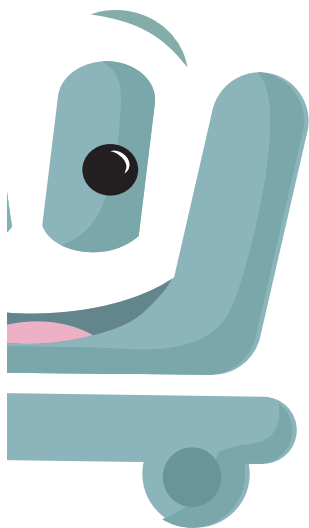
—Vamos, Fito; es un carrito. No es un perro, ¿sabes? —Nos trepamos al carrito y pronto íbamos a una velocidad impresionante.

—¡Izquierda! —ordenó Fito; el carrito hacía lo que se le indicaba.

—¡Derecha! —dije, y nuevamente hubo un giro para evitar los objetos que estaban dispersos por todos lados o, bien, que comenzaron a brotar.

—¡Cuidado! —grité, señalando una forma piramidal que brotó a escasos metros de nuestro camino.

—¡Se me ocurre algo! —exclamó Fito. El viento le hacía un remolino en el





cabello—. Ordenemos a los objetos que se dividan para abrir un camino seguro.

—¿Qué se dividan? ¿Qué bicho te picó?

—¡Observa! —dijo Fito y dio una orden—. ¡Dos entre dos!

Lo que ocurrió luego fue extraño: el cubo que brotó frente a nosotros se partió en dos partes iguales exactas; cruzaríamos por el medio, justo en el momento en que sucedería el impacto.

—Lo intentaré —grité y, sin dudar, ordené— ¡20 entre 5! —Me llevé las manos al rostro, lista para recibir el golpe. Cuando abrí los ojos, volví la mirada y pude observar que el cilindro se había descompuesto en cuatro partes idénticas, como cuando cortas una zanahoria en rodajas.





—¡180 entre 15! —Misteriosamente, el objeto que brotó a escasos metros se partió en diminutas piezas.

—¡Esas fueron doce! —sonrió Fito.

—¡Mira ese! —señalé un cubo mucho más grande que los anteriores brotando.

—¡256 entre 16! —ordené de inmediato y, como una explosión, el objeto se descompuso en 16 partes iguales.

—Una más, Fito —grité mientras cerraba los ojos y temía el impacto del carrito contra el objeto.

Fito fue más veloz y ordenó de inmediato:

—¡300 entre 12!

Pero el carrito de compras empezó a trastabillar.

—¿Gasolina? ¿Es una broma? —manoteó Fito.

No debería sorprenderte en lo más mínimo; pero ¡mira allá!, dije señalando, no muy lejos de allí, sobre la cima de una pequeña montaña, un árbol que se mecía hacia un lado y otro.





Episodio 2

Limoncito.com

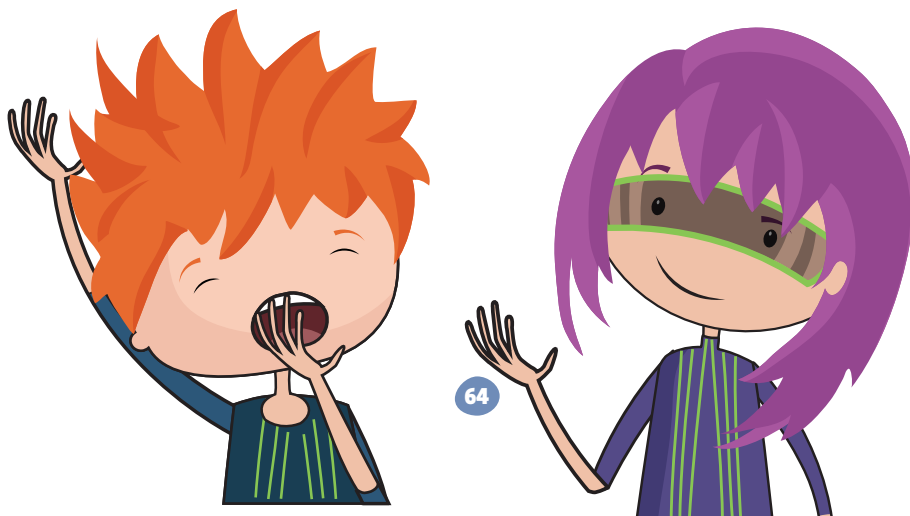
El carrito de compras se detuvo finalmente al pie de la colina.

—¿Son hamacas? —señaló Fito.

—Creo que sí —respondí, entrecerrando los ojos para intentar descubrirlo y luego bostecé—. Nos vendría bien un descanso, ¿no? —Fito estuvo de acuerdo.

—¡Las canastas! —exclamamos al unísono. En algún punto las habíamos extraviado.

—Creo que este árbol tiene frutas o algo parecido —dije, señalando algo que parecía ser efectivamente un fruto. Estábamos un poco lejos aún para saberlo con exactitud, por lo que comenzamos a escalar; pero, invadidos por un agotamiento imposible.





—¿Fito? —dije, con voz muy débil.

Él parecía arrastrarse. Sonrió, como si aquel cansancio le causara gracia. Apenas consiguió alzar la cabeza para responderme.

—Es-ta-mos... cer-ca —dijo, finalmente.

Y así era. Había un par de hamacas colgando de las ramas y conseguimos treparnos. Bueno, Fito se enredó un poco y cayó al suelo; lo que me causó más risa que preocupación. Pero, luego de un par de intentos, logró recostarse.

—Estoy muy cansada, Fito.

—Yo también, Zoe —creí escucharle decir. Esa sensación de pesadez resultaba inevitable y cerré los ojos. Enseguida los abrí. Parpadeé un par de veces intentando comprender cómo un segundo atrás el cansancio no me permitía hablar siquiera y de pronto mis ojos estaban abiertos de nuevo, así, sin más.

—¿Fito? —dije. Él me respondió con un terrible ronquido.

Intenté cerrar de nuevo las ventanas al mundo de *El Librotante*, pero simplemente no conseguí dormir. A través del follaje, descubrí que el árbol era un limonar. Quizá no podríamos comer más que un limón y esto, para ser sincera, no me resultaba apetitoso. ¿Por qué no podría ser un árbol de sándwiches o algo parecido?



Fito continuaba roncando. Por un instante, creí que los limones aumentaban su tamaño. ¿Era eso?

De pronto, una rama crujió, luego otra y una más. Entonces, supe que los limones estaban efectivamente haciéndose grandes... ¡Enormes!

—¡Fito! —vociferé. Di giros en varias oportunidades. Intentaba incorporarme de la hamaca, pero quedé enredada como en un capullo. Al final conseguí salir de la hamaca y, cuando busqué a Fito, no había rastro de él ni del árbol, ni de la colina. El horizonte estaba lleno de limones.

—¡Bienvenida a *limoncito.com*! —escuché una voz por un parlante; luego sonó música que me recordaba los videojuegos que Fito solía jugar.

—Bienvenida a *limoncito.com*, el juego donde tú tienes el dominio —explicó la voz. Enseguida, todo se oscureció y, sobre mi cabeza, brilló una extraña operación: “ $22 + (9 \times 8) \div 18$ ”.

¿Qué significaba? ¿Por qué combinaba sumas, multiplicaciones y divisiones?

Observé mis manos. Parecían hechas como de cuadros diminutos. Justo como los que hay en los videojuegos de Fito. Recuerdo que alguna vez me dijo que se llamaban “píxeles” y que los juegos de video son así. ¡Me habría encantado ver mi rostro en un espejo!

—¡Bienvenida a *limoncito.com*! —Y, en la pantalla, parpadeó el número y leí que decía “Enter”.



—¿Enter? ¿Comenzar qué? —me dije. No hubo instrucciones; solo la música que, realmente, ¡era muy buena! Moví la cabeza hacia los lados siguiendo el ritmo; pero, entonces, la voz del parlante habló:

—No se trata de bailar. Se trata de comenzar el juego; usa los limones.

—¡Los limones!, ¡Claro! —Cubrían la mitad de mi cuerpo. Como el suelo parecía estable, caminé un poco, pero, luego de varios pasos, me resultó imposible.

Fijé mi atención sobre el rótulo. Quizás, utilizando los limones, podría concentrarme mejor. Cogí entonces los primeros 22. Como la segunda cantidad estaba





encerrada en los paréntesis y me pareció indicar una multiplicación, cogí 9 grupos de 8 limones, lo que me dio por resultado 72. Aunque eran realmente grandes, fue relativamente sencillo mantenerlos juntos.

La música se aceleró y mi cabeza también. Era imposible no seguir el ritmo. Enseguida, separé los 72 limones en 18 grupos iguales; con lo que obtuve 4 limones en cada grupo. Finalmente, tomé uno de estos grupos y lo agregué a los 22 limones que tenía al comienzo. Mi resultado fue claro: 26. Bien, ya conocía el número; pero, ¿ahora qué debía hacer?

—¡Lanza! ¡Lanza! ¡Lanza! —dijo la voz que salía del parlante. Y, tal como ocurría en esos videojuegos, algo se aproximaba hacia mí. Debajo de los limones. Quizá se trataba de uno de esos villanos que hay que vencer para cambiar de nivel. Pero, ¿debía lanzarle los limones a él, a los números o a qué?

Entre los limones, emergió un monstruo de pixeles. Comprendí que era el momento de vencerlo. Tenía 26 limones para hacerlo y, seguramente, para conseguirlo, debía pegar en el blanco la cantidad exacta.

Lancé uno; fallé. El monstruo se abalanzó sobre mí. Se escuchó una música como de final de nivel. Cerré los ojos esperando lo peor pero, al abrirlos,

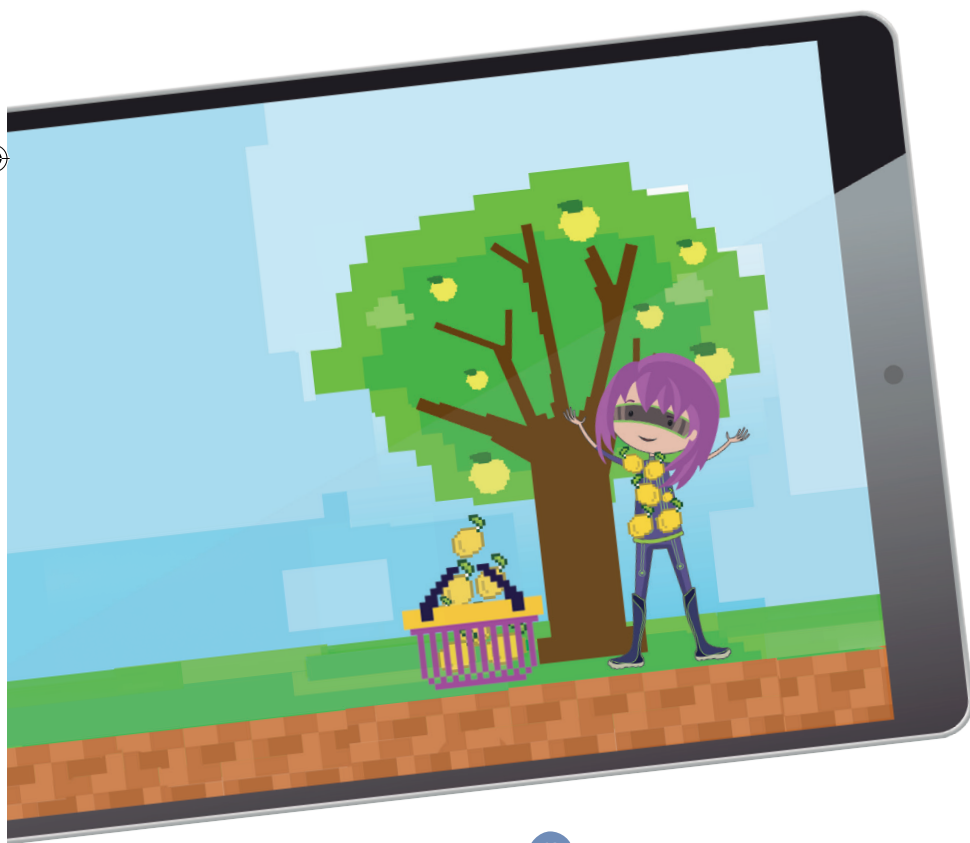




estaba en el mismo punto. Sobre la pantalla brillaron las palabras que me inundaron de nervios: 2 vidas.

Bueno, no era tan malo, después de todo. Tendría dos oportunidades más. Pero el monstruo comenzó a moverse de un lado a otro; lo cual dificultaba muchísimo mi labor.

Tomé los limones y, uno a uno, fueron dando sobre su cuerpo. Arriba, en la pantalla, podía verse una barra





de energía que, con cada limonazo, bajaba. Lanzaba cada vez más rápido y con mayor precisión. Comprendí que el monstruo se limitaba a ejecutar una secuencia repetida: izquierda, izquierda, derecha, derecha, adelante, atrás, arriba, abajo; justo allí fue donde lo conseguí.

El último tiro y el monstruo se desarmó en cubos. ¡Lo había logrado! Sonó música festiva y por la pantalla apareció: “¡Éxito!” “¡Genial!” “¡Lo has conseguido!”

Estaba lista para el siguiente nivel, cuando, de pronto, sentí cómo el suelo se abría a mis pies. Y comencé a caer rodeada de miles de limones.

—¡Fito! ¡Fito! —grité.





Episodio 3

¡Veamos la repetición!

Senti una sacudida, como cuando zarandeas tu juguete de pilas favorito para que vuelva a funcionar. Era Fito, me movía con firmeza.

—¡Vamos! ¡Zoe! ¡Despierta! ¡Despierta!

—¡Fito! —dije; me sentía aturdida por el movimiento. Pasé a relatarle mi interesante sueño, procurando no olvidar ningún detalle de él.

—Entonces, a ti también te ocurrió —dijo Fito acariciando su barbilla.

—¿A qué te refieres con que “a mí también”?

—Al igual que tú, abrí los ojos de inmediato. Dormías profundamente y como tú, reparé en los limones. Decidí bajar de la hamaca y, justo como te ocurrió, quedé como enredado en un capullo. Cuando finalmente conseguí zafarme, estaba en otro lugar.

—¿Un parque de diversiones? —pregunté como quien intenta adivinar.

—Me habría encantado; pero, no. Estaba en una tienda, llena de estantes hasta el techo. En ese instante, sonó una campanilla sobre el dintel de la puerta.



—Buenos días, muchacho —saludó un jugador que rebotaba una pelota.

—¿Me habla a mí? —le pregunté mientras volvía la vista a todos lados.

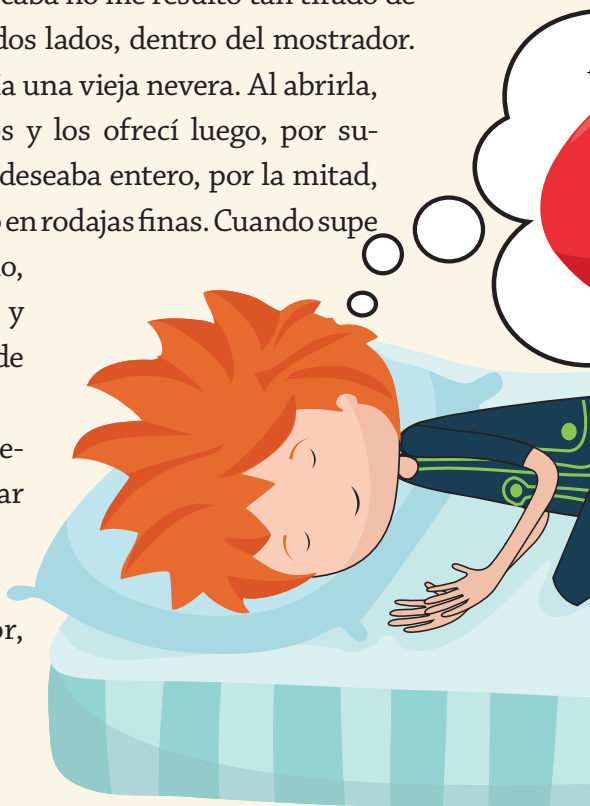
—¿A quién más? Vamos, sé amable y trae queso —respondió sin dejar de driblar. El tipo me urgía con la mano e iba de un lado a otro. Supuse que lo mejor sería buscar lo que pedía.

—¿Queso? —pregunté, alzando las cejas.

Bueno, pudo pedir algo imposible de conseguir en una tienda; así que lo que buscaba no me resultó tan tirado de los pelos. Busqué por todos lados, dentro del mostrador. Descubrí que detrás había una vieja nevera. Al abrirla, encontré algunos quesos y los ofrecí luego, por supuesto, de adivinar si lo deseaba entero, por la mitad, por cuartos, por octavos o en rodajas finas. Cuando supe que pedía la mitad de uno, lo corté con un cuchillo y envolví el queso dentro de una hoja de periódico.

El tipo lo tomó con premura y sin dejar de rebotar la pelota.

—¡Gracias, chico!
—exclamó y, por error, hizo rebotar el queso.





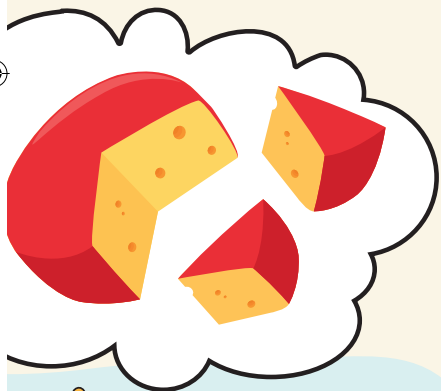
—¿A qué te refieres con que “hizo rebotar el queso”?
—interrumpí el relato de mi hermano.

—Pues a eso; a que el queso también rebotaba. El tipo salió a toda prisa y yo me quedé con la boca abierta. Respiré profundo. Pasados dos minutos, entró de nuevo. ¿Me comprendes? Como cuando ves la repetición de una jugada. Entró haciendo lo mismo y pidió exactamente el mismo queso. Claro, esta vez me fue más sencillo entregarle el pedido. Al abrir la nevera conté la cantidad de quesos disponibles: había 10 quesos enteros dentro del frigorífico, es decir, 20 mitades.

—¿Y qué ocurrió luego? —le pregunté, para que pudiera avanzar.

—¿No comprendes, Zoe? Aquella repetición se dio durante los siguientes cuarenta minutos, sin ninguna variación. Bueno, sí había algo que cambiaba: la cantidad de quesos disminuía. En ese momento, ya no quedaba un solo queso. Comencé a preocuparme. Me preguntaba ¿cuál sería la siguiente etapa del sueño?

—Hermano,
¡qué sueño más





extraño! —exclamé posando mi mano sobre el hombro de Fito.

—Y apenas es el principio. Cuando creí que lo de las repeticiones se extendería por siempre, fue cuando ocurrió lo del chirrido de llantas y luego un tipo ancho entró a la tienda.

—¿Cuánto queso? —preguntó, como si estuviera al tanto de mi situación.

—¿Cómo dice?

—¡Vamos, que no tengo todo el día! —exclamó y batió sus palmas.

El tipo parecía hablar en serio. Pensé que si el jugador continuaba con la constante de 2 minutos, digamos que, durante todo un día, lo cual sería extenuante, era preciso calcular los minutos de ese lapso, para hacer la cuenta más simple; es decir: 24 (que son las horas de un día) por 60 (que son los minutos de una hora). Con el lápiz, que oportuno pendía de mi oreja, realicé el cálculo: 1440 minutos. Y ahí estaba yo. Suponiendo que el jugador llegaría cada 2 minutos, durante un día, atravesaría la puerta 720 veces exactamente. Hubiese deseado que fuera cada 4 minutos; lo que daría 360 veces. O ¡mejor aún!, cada 6 para tener que atenderlo solo 240 veces, que seguía siendo demasiado. Con un descanso de 8 minutos entre repetición y repetición, me sentiría mejor; serían 180 veces. Eso no podría



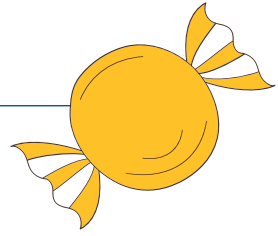
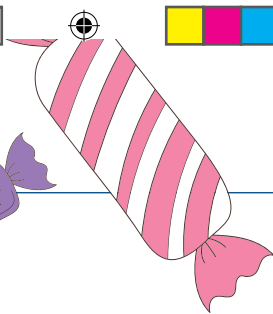
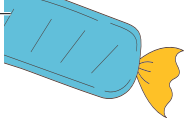
soportarlo siquiera; ni aunque fuese cada 10 minutos, con 144 entradas.

—¿Y qué tal si aparecía otro cliente a pedir algo o más quesos? —pregunté, angustiada por saber cómo había terminado el sueño de Fito—. ¿Se repetiría igual que con el jugador?

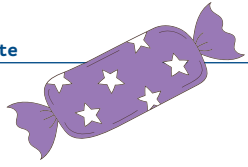
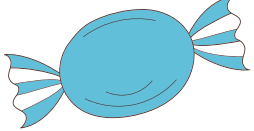
—No creas que no pensé en ello —confesó Fito—. El tipo dio un golpe con los nudillos sobre el mostrador para sacarme de mis reflexiones.

—¿Y bien? —preguntó esbozando una falsa sonrisa con mucho esfuerzo.





El Librotante



La campanilla sonó y apareció otra persona. Sentí que la tierra me tragaba, pero suspiré con alivio cuando dijo:

—Me envía el jugador por un queso. Soy su entrenador. Él se ha cansado de las repeticiones. ¡El muchacho ha hecho un buen juego!

Entonces volví la espalda para tomar el último queso, cuando el entrenador dijo algo que me dejó helado: —¡Pidió, además, dos dulces!

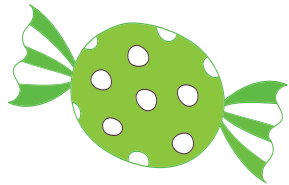
—¿Dos dulces?

—Dos por dos, más dos por tres, más dos por cuatro, más dos por cinco, más dos por seis, más dos por siete, más dos por ocho, más dos por nueve, más dos por diez.

Creí que se trataba de una broma y que el pobre hombre se había quedado en una repetición más exagerada que la del jugador. Pero no, porque cuando le di los dos dulces de inmediato me corrigió.

—¡Qué extraño!, Fito.

—En ese momento, traté de hacer los cálculos; porque, si no eran dos dulces los que pedía, debía ser otra cosa. Hice cuentas usando los múltiplos de 2 y sumando: 2×2 eran 4, le sumé 2×3 que son 6 y completé 10, a esos les sumé, 2×4 que son 8 y tenía ya 18, y continué de esa forma, hasta llegar a 108. ¡El hombre quería 108 dul-





ces! ¿Existiría, acaso, otra forma de efectuar ese cálculo de múltiplos de una forma menos agobiante? ¿Para qué querría tantos dulces?

—¿Y qué ocurrió luego?

—Pues, casi nada. Volvió a entrar el jugador y detrás de él una mujer con barba y luego un elefante saltando sobre una pelota y más atrás un televisor con piernas, un zapato con la lengua por fuera, diez tipos muy feos y serios que bailaban realmente bien. De repente, todo se nubló. Luego, ¡desperté! Justo en ese momento en que te encontré gritando mi nombre.

